

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

LA ENFERMEDAD REINANTE



Una victima del trancazo.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Todos lo vemos, por Eduardo Insueto.—La feria del voto, por José Jackson Veyra.—Paliqviv, por Carran.—Días tristes, por José Estremera.—Ande el movimiento, por Juan Pérez Zubiga.—Adios, anciana, por Frey Caneil.—Diente para diente, por Julio Martínez Lecha.—Lamentaciones, por Alberto Sintas y C. de Figueroa.—Correspondencia particular.—Anuncios.—GRABADOS: La epidemia reinante, por Gilla.—Una evolución, por Alvarado.—Anuncios, por Gilla.



Antes de ponerme á escribir el artículo de MADRID CÓMICO voy á afeitarme en un periquete, porque no me gusta que me vean los vecinos con la cara sombría. No es que yo sea guapo, pero cuando estoy sin afeitar parezco peor.

—Ea, hasta luego. Si vienen á buscar el artículo de MADRID CÓMICO, decid que vuelvo ahora mismo.

Penetro en una peluquería. Los oficiales, que no tienen nada que hacer, dormitan apaciblemente sentados en los rincones. Yo me quito el gabán y el sombrero, y bato las palmas para despertarlos.

Uno de ellos abre los ojos, me mira con cierta expresión de contrariedad mal disimulada, y pregunta:

—¿Qué va á ser?

—Afeitarme.

El dependiente se despereza, lanzando un *aaaaah!* prolongadísimo y estirando los brazos todo cuanto puede. Después coge un *peinador* y me lo pone de mala manera, introduciéndome los dedos por entre el cuello de la camisa y la carne.

Hay algo en la mirada de aquel hombre que me intranquiliza. Se conoce que mi presencia le ha contrariado, porque no hace más que dirigirme miradas iracundas, como si quisiera decirme:

Yo inocente en paz dormía...

¿Pero qué culpa tengo yo? Necesito que alguien me afeite, porque no todos somos Matoses, que tiene navajas propias y él sólo se arregla el cutis dos veces á la semana.

El dependiente no tiene ganas de trabajar, y mientras yo pienso en que no he escrito todavía el artículo de MADRID CÓMICO, él coge una navaja y la prueba en la uña; después la mira con cierta curiosidad cariñosa, y, por último, la pasa una y otra vez por una tira de cuero, bostezando ruidosamente.

Acto seguido coge la brocha y me embadurna la faz sin miramientos de ninguna clase, y como si estuviera pintando una puerta.

—¡Hombre! Tenga usted cuidado con la nariz—me atrevo á decirle.

—¿La tiene usted mala?—me pregunta con enojo.

—No, señor; pero no me gusta que la maltraten.

Por toda contestación, me limpia la nariz con una de las puntas del *peinador* y sigue afilando la navaja.

—Hoy tengo una *perra* muy grande—me dice.—Anoche estuvimos aquí de *juerga* y nos hemos retirado á las cinco de la mañana. Ha habido bautizo, sí, señor; la maestra dió á luz el jueves, después de catorce años de matrimonio. El niño salió con un ojo cerrado y el otro entreabierto, y además tiene algo de joroba á causa de una caída de la madre, cuando estaba de seis meses; pero es un niño muy hermoso y muy listo. Á las pocas horas de nacer ya quería comerse todo lo del establecimiento, y si no es por el padre, se hubiera ahogado con una brocha... Aquí hubo ayer mucho jaleo, y tuvimos baile...

A todo esto, yo seguía con el rostro embadurnado, y él no cesaba de pasar la navaja por la tira de cuero.

—Tengo mucha prisa—le dije tímidamente.

El no me contestó; lo que hizo fué lanzarme una mirada de desprecio profundo, y en seguida se acercó á mí con la navaja en la mano.

Primero me afeitó la parte de cara limítrofe á la oreja izquierda; después fué bajando hasta la mejilla, y allí se detuvo para atarse la cinta de los calzoncillos.

—Pues, sí, señor—dijo con mucha calma, después de dejar bien sujeta la cinta.—El jaleo ha sido superior, y á las cuatro de la mañana aún estábamos aquí todos, bebiendo vino y bailando.

—Bueno; afeiteme usted, que no puedo detenerme.

Sí, sí; valiente enjudo le daban al hombre mis cariñosas insinuaciones. Estaba fatigado á consecuencia del bautizo, y á cada momento se recostaba en la pared con la navaja en la mano, ó bien, apoyándose en el respaldo de la silla, lanzaba un bostezo sonoro y se llevaba ambas manos á la cintura, exclamando:

—¡Ay! Estoy partido. ¡Qué noche!

Ya se empezaba á secar el jabón con que me había untado el cutis aquel infame, y él seguía bostezando, sin cuidarse de mi martirio ni de mis ruegos. Todo su afán consistía en referirme lo ocurrido la noche anterior.

—No ha visto usted un establecimiento como éste—decía.—Aquí todos nos queremos como si fuéramos familia. Cuando estuvo malo el maestro nos peleábamos por asistirle, y como lo que necesitaba era sudar, nos acostábamos con él todos los dependientes, y esto le valió, porque el médico ya le daba por perdido. ¡Había usted de vernos llorar la noche que le trajeron el Viático! No hay nada que dé más respeto que ver las luces y oír la campanilla. Y eso que el Viático se lo dió un conocido nuestro que viene aquí á afeitarse.

El dependiente, en el colmo de la conversación, se había olvidado de mi barba, y acabó por dejar la navaja y ponerse de codos sobre la mesa.

Entonces yo cogí la brocha, me humedecí de nuevo las enjutas mejillas, y sin hacer caso del dependiente, me afeité solito.

—No se molesté usted—decía él.

—No es molestia—contesté yo, sin interrumpir la tarea.

Después me lavé como pude, y cogiendo el gabán, salí á la calle maldiciendo de los barberos comunicativos, que olvidan sus deberes á trueque de contarnos lo que no nos importa.

Hay barberos activos que desuelan al parroquiano con rapidez extraordinaria, y los hay como al que acabo de presentar á ustedes, calmosos y tranquilos de suyo, que son capaces de desesperar á una estatua de escayola.

En suma: yo no he podido escribir el artículo de MADRID CÓMICO por causa del barbero, y ustedes perdonen como yo le perdono.

LUIS TABOADA.

TODOS LO VEMOS

Yo he visto á una chiquilla, de las *de rango y rango*, cruzando la Carrera entrada ya la noche.

Figla el señorío, la sencillez y el porte de la modesta virgen que el vicio no conoce.

Serviale de amparo, y al par de guía y norte, una de esas garbúñas que andan al estriquete cobrando *terciarías* en el comercio torpe, y que *arracando* viven mejor que las que cosen.

La tijera á la muchacha llevaba más que al trote, salvando los encuentros de lince polizontes, cuando de pronto en manos dieron de un guardia de orden que les cortó los vuelos sin más intimaciones.

Presá del Marte urbano, pagó Venas entonces

aquel oculto alijo de malás testaciones, sin que de la ordenanza cediesen los rigores ante un mirar tan púdico y un ademán tan noble.

Pues bien: en la Carrera tropiezo en ocasiones con hijas de familia que gozan de buen nombre, que hicieron en conventos estudio de labores y rezan las novenas y escuchan los sermones.

Y allí donde la industria la rica joya expone que, con la luz eléctrica, esperece sus fulgores; así flor que del gusano se abre con el roce, se ve alguna preciosa doncella de esta corte haticando osado alarde de imán para los hombres, que á veces indiscretos le pisan los talloes

y dicensa de paso
requisibros tan feroces,
que al más cínico espanta
el ver que ella los oye.
Habrá inocencia en esas
públicas impudores

de ángeles que de honrados
quiza el derecho invoquen;
pero si á los cándidos
perseguen guardias de orden,
perseguen también guardias
á los que se *disloguen*.

EDUARDO BUSTILLO.

LA FERIA DEL VOTO

¡Ande el barato social!
¡Al político albarato!...
¡Aquí, al verdadero voto
del sufragio universal!
¡Gitanos de pelo en pecho,
aquí que no hay ley ni alcaldel...
¡Que vendio medio de balde
el más sagrado derecho!
¡Candidatos de ocasión,
coacciones municipales,
borregos ministeriales
y adictos de profesión!
La venta es cosa corriente
y del éxito respondo.
Hay urnas con doble fondo
á gusto del presidente.
A músicos y danzantes
comidas, cafés y brevas.
También se dan capas nuevas
á electores vergonzantes.
Se dan sombreros de copa
y gabanes superiores
á los exgobernadores
que se encuentran mal de ropa.
Hay uniformes civiles
y diplomas muy bonitos,
fraques para señoritos
y blusas para albañiles.

Quien no vende no lo entiende
y nunca saldrá de aperos.
¡Actas á catorce duros!
¡Todo se compra y se vende!
Para el caso poco importa
que mande Pedro ni Juan.
Los que pagan triunfarán
á la larga ó á la corta.
Si hay un candidato necio
que hace fuerte oposición,
para anular la elección
hay *palos* á poco precio.
La nigromancia es completa
y veréis, á ojos abiertos,
que se levantan los muertos
previstos de papeleta.
El derecho sancionado
á nadie le importa un pito.
«Lo que ha de ser, está escrito...»
dentro del *encasillado*.
El comercio es cosa seria
y otorga grandes favores.
¡Venid á mí, compradores!
¡Candidatos, á la feria!
La elección es un pretexto,
y el sufragio universal
es *música celestial*
con letra del presupuesto.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

PALIQUE

Afortunadamente yo estoy seguro de que soy sincero y absolutamente imparcial en esto que se ha dado en llamar *mi crítica*.
¿Quién me ha ofendido á mí más que Manuel del Palacio? Nadie... ó pocos.

Pues bien, yo insisto en que M. del Palacio es medio poeta, lo cual á él le suena á poco y á mí á tanto!

Yo he censurado sus *chispas* una y otra vez. ¿Debo alabarlas cuando me gustan?

Creo que sí.

Hace cuatro ó cinco semanas me agradaron algunas de estas *salidas* poéticas del famoso *0,50*, y no sé cómo (¡el diablo del P. Muñíos!) se me olvidó decirlo. Hace una ó dos semanas me parecieron muy malas otras *chispas*... y ahora lo olvido también. Váyase lo uno por lo otro.

Pero en el último *lunes* de *El Imparcial* veo, entre algunas que no me gustan, las *chispas* siguientes, que copio porque me parecen bien:

«En boca del discreto
hasta la ofensa es digna de respeto,
mientras del necio en labios
las mismas alabanzas son agravios.»

Perfectamente; bien dicho y bien pensado. Es claro que lo de la ofensa no ha de tomarse al pie de la letra, porque el *discreto* lo primero que hace es... no ofender.

El que ofende no es discreto.

Lo que hay es que los necios suelen tomar por ofensa lo que no lo es.

«Cazador que á caza vas
de mujer ó de león,
¡ay de ti si no le das
en mitad del ocraxón!»

Esto es hermoso; de feliz expresión; conciso, enérgico, verdadero, gracioso. Son cuatro versos... como nunca los harán Velarde, Ferrari, Cabestany... etc., etc.

«Un sueño que acariciar,
una botella que abrir,
un libro que desflorar,
y en el trance de morir
una mano que estrechar...
ni más se debe pedir,
ni más se puede esperar.»

Prescindamos de la botella, hagamos algo más que desflorar el libro, sintamos todo lo que significa la mano que se estrecha al morir... y tendremos un poema verdadero en siete versos.

Vamos á ver, ¿por qué cree Palacio que hoy le alabo sus *chispas*?

—Toma, dirá él, porque le gustan á usted.

Justamente. Pero ¿por qué cree que le he censurado otras veces?

—Porque es usted un envidioso, un poetaastro, un... Y eso que tanto no lo es usted. A lo menos hoy... ve usted claro.

He recibido el prospecto de una obra que se titula *Historias de la corte celestial*, por un sacristán jubilado.

Se me figura á mí que este sacristán no ha de ser rana; pero... el asunto de su libro es delicadillo.

¡Historias de la corte celestial!...

Ahora sabemos por qué dimitió San Pedro.

Entré las *biografías* que piensa publicar el sacristán veo la de «El beato Sebastián Aparicio, gallego, torero, carretero, capador y virgen.»

Y la de «Santa Catalina de Certona, exvirgen.»

Y la de «San Alejo, cornudo y conformé.»

Y la de «San Juan de Dios, buhonero.»

Está bien (es decir, está mal), pero luego el autor se quejará si le llevan á la cárcel.

¡Olé, los librepensadores de perro chico!

¿Le consta á ese sacristán que San Alejo fué una mala persona? Mucho lo dudo.

¡Burlarse de los santos!

¡Habiendo tantos pillos!

Apeles Mestres es un poeta con el lápiz (ó lo que sea). Su nuevo libro titulado *Más cuentos vivos* es una verdadera obra de arte. Muchas veces en la caricatura vence en mérito la leyenda al dibujo, y aun en las caricaturas mudas suele valer más que la expresión gráfica la idea que se quiere expresar. En *Más cuentos vivos* sucede lo contrario: mucho más que las leyendas, no muy graciosas, y más, casi siempre, que la *historia*, vale lo que pudiera llamarse la *música* del lápiz. Si, Apeles Mestres es un dibujante lírico, y además correcto y maestro en ciertas habilidades expresivas, como lo prueba el cuento de la *resina*.

¿Qué gusto, verse *ilustrado* por Apeles Mestres, si él quiere hacerlo con *amor*!

Su caricatura de la *corte celestial* me ha hecho acordarme de un libro *d'élvanes* (aquí no hay la palabra exacta porque no hay la *cosa*) que yo tengo en proyecto y que se llama *Papá Dios*.

La sinceridad con que alabo el lápiz, ó lo que sea, de Apeles Mestres la pruebo con decir:

¡Quisiera ver mi *Papá Dios* con dibujos de Apeles Mestres!

¡Y... quién sabe!

¿No se podría introducir la buena costumbre de regalar libros, á los niños particularmente, allá por Navidad?

Un modo eficaz de preparar esta costumbre sería, por ejemplo, el acuerdo tomado por cierto número de autores para comprometerse á publicar en Diciembre del presente año sendos libros de Nochebuena, ó de Año nuevo, ó como se quieran llamar. Yo creo que no faltarían editores que se encargasen de dar condiciones materiales de vida á la idea.

La cual entrego á los *chicos* de la *prensa* para que la acojan si la creen aceptable.

Un redactor de *El Heraldo de Madrid* (periódico á quien debo infinitas atenciones) ha tenido una conversación con D. José Echegaray para preguntarle si será cierto, como decía *Clarín*, que el ilustre poeta iba á darnos la traducción de *Los Remanentes* (Los aparecidos), de Ibsen.

Y Echegaray contestó:—Cosas de mi buen amigo *Clarín*. No hay tales carneros...

¿De dónde sacó *Clarín*, entonces, esa noticia?

Pues diré lo que el protagonista de *Hija única*:

«Eso lo he leído yo en los *lunes* de *El Imparcial*.»

En efecto, en un artículo del Sr. Ortega Munilla leí á of esas campanas.

Algo hay; el Sr. Echegaray ha leído el drama de Ibsen; le ha hecho efecto... y por *sugestión* ha escrito otro drama que sólo tiene de *Los aparecidos* la idea general y algunos pensamientos relacionados con ella, capitales en el desenvolvimiento del asunto.

Por lo visto, á eso se refería Ortega Munilla.

Bueno; pues de todas maneras, me alegro. Venga *El hijo de D. Juan*... y Dios haga que sea como el galgo, es decir, de otro modo, que merezca honra por parecerse á los suyos. Por ambas líneas. Esto es, por la de D. Juan... y por la de D. José.

Acabo de recibir un libro que se titula *Cartilla Huasteca*, con su gramática, diccionario y varias reglas para aprender su idioma, y lo publica en México el autor, D. Marcelo Alejandra.

La amable persona que me envía el libro me pide que lo juzgue...

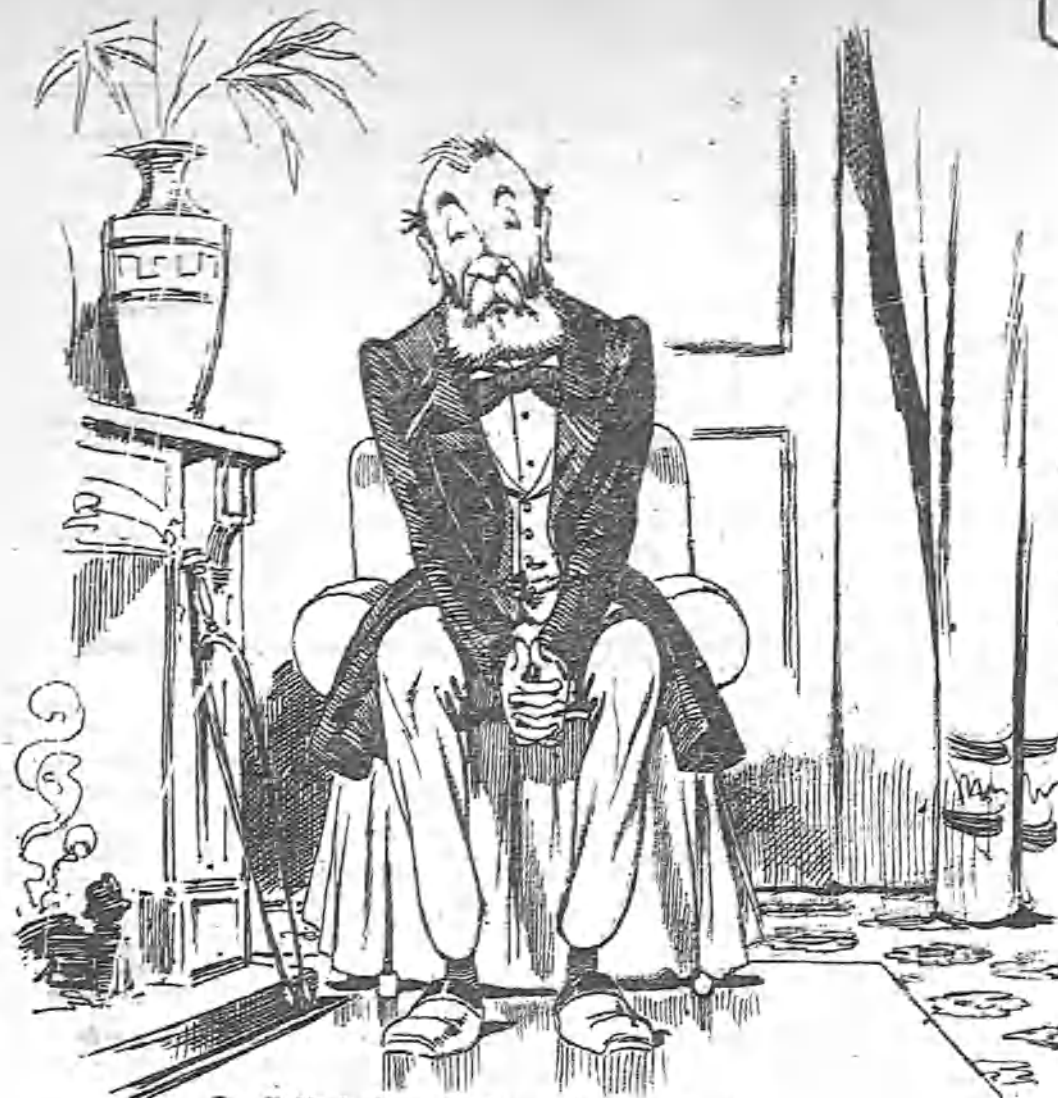
¿Que juzgue yo un diccionario y una gramática del idioma huasteco!...

¡Pero, señor, si yo lo único que sé de esas *Américas de verdad* lo he aprendido en el *Oso Muerto*!

Yo sólo sé que por allá al que hace el oso le llaman aplanacalles.

Pero, un día, mientras D.^a Emilia Pardo se prepara en un pe-

UNA EVOLUCIÓN



Don Epifanio, de vuelta de la tribuna pública del Congreso, empieza á preocuparse hondamente con los negocios del Estado.



Y se acucia pensando en qué acasé la República fuera la solución salvadora...



Efectivamente, D. Epifanio pone todos sus conocimientos y su energía al servicio de la patria; gracias á él, los presupuestos se nivelan, la paz se afianza y el país entero apoya y bendice la nueva forma de gobierno.



Pero así no tardan en surgir dificultades; los exaltados se alborotan, la revolución amenaza, la nación tiembla, la sociedad se conmueve...



Y decide D. Epifanio como único freno á las agitaciones políticas desatarse para establecer la forma monárquica.



Y dando un golpe de Estado, apoyado por todas las fuerzas vivas del país, coronarse él mismo audazmente, esombrando á las naciones extranjeras.

Manché

riquete para hablar del libro, voy yo á darme una *visita de astrofábulo*, es decir, de huasteco, y... vuelvo en seguida.

Pues, señor, el huasteco, *¡nada!* no sé si se puede *cajal* con tecedor, y aunque, *¡cocal!* y corriendo, acabo de *ajial* algunas páginas de la *Cartilla*, temo *acopchil* la oreja y hacerles el caldo *tuz* á los *coolebines* agustinos, y no quiero que se *teshiscuden* de mí. Pero, en fin, la ocasión la pintan *pitotal in or*, y sin *heital ibaccata* entre dos platos, diré que el *wa* del señor Alejandro es muy *alahus*, bonito y *paat* (á mí me ha salido por una friolera). Y muchas *temaninia* por el regalo.

Ahí tienen ustedes lo que es erudición á la moderna. En cinco minutos he aprendido yo á hablar en huasteco de modo que me entiendan los que no lo saben.

Así saben las lenguas clásicas y las lenguas vivas difíciles muchos que de ello hacen alarde... y después leen el griego, el chino y hasta el inglés en francés de lo más barato.

¿Que por qué no he hablado de la *Piedra Angular*, de la señora Pardo Bazán?

Porque todos los días gazapo, amarga la cocina. Todo se andará.

CLARÍN.

DOS FRAILES

Casi oculta entre las manos la venerable cabeza, el cuerpo echado adelante, fijos los ojos en tierra, estaba el padre Roberto en un banco de la huerta, como quien gime y padece bajo el peso de sus penas. Algo del dolor que sufre va echando del pecho fuera en suspiros que le ahogan y en lágrimas que le quemán. Hasta que, oyendo el crujido de pasos sobre la arena, en aparecer sereno inútilmente se esfuerza.

—Padre Roberto—le dice otro fraile que se acerca, —yo sé que sufrís, y en vano queréis que nadie lo sepa. Las penas que se comparten siempre son más llevaderas; y pues que solos estamos, quiero hacer más las vuestras.

—Tenéis razón, padre mio—triste el otro le contesta, —vos me inspiráis confianza y os hablaré con franqueza. Amé á una mujer un día con pasión profunda y tierna... Al saber su desventura comprenderéis si era bella. Dos años la amé rendido con una pasión sincera y no hubo en nuestros amores ni la nube más pequeña. Pero vos conocéis, padre, la humana naturaleza y que, en logrando las dichas,

al cabo se causa de ellas. Que es firme amor cuando busca, cuando inquiere y cuando espera, y que se muere de hastío cuando ya nada desea. Eso me ocurrió; ganoso de sentir pasiones nuevas, pensando siempre en lo lejos, me olvidaba de lo cerca. Notólo al cabo Jacinta y me dijo:—Mi alma entera te he dado, y no me es posible vivir si tú te la llevas. ¡Te cansas de mí mas sabe que, si alguna vez me dejas, he de quitarme la vida, que sin tí pesada fuere,— Ni amenazas, ni suspiros, ni juramentos, ni quejas lograron impresionarme ni vencer mi indiferencia. Salí de su casa un día y no volví más á verle, pensando que sus dolores llegara á calmar la ausencia. Y así fué que, al poco tiempo, ¡oh inconstancia! ¡oh rabia fiera! se casó, y furioso entonces por la femenil flaqueza, renuncié, haciéndome fraile, á las cosas de la tierra.

—Yo puedo deciros algo que vuestro consuelo sea.

—¿Qué puede ser?

—Que el esposo era yo, y tanto me pesa, que al sagrado de este claustro me he acogido huyendo de ella.

JOSÉ ESTREMEIRA.

¡ÁNDE EL MOVIMIENTO!

Qué la Marilde, la de Versailles, pase la noche por esas calles mirando á todos con intención y tenga amigos en la milicia y en el comercio y en la justicia y en la taberna y en el salón; que el organista de San Patricio tan mal, el pobre, sepa su oficio que al tocarle sólo una vez den calenturas á los oyentes, y se les doigan todos los dientes y se les pueña toda la lengua; que don Hilario Malapostura cultive en grande la vil usura prestando á toda la humanidad, y aunque á los pobres deje en enmiar, no pierda peso, ni pierda más fingiendo alardes de caridad; que el boticario de Villafra de en el capricho y en la manía de despacharles todo al revés,

y en vez de quina venda clorato, y en vez de goma bicarbonato, y en vez de un duro se cobre tres; que el Zarigata mate becuerros aunque el sonido de los cencerros le ponga malo de gravedad, y en Valdemoro y en Cacabelos y en Alcobendas y en Ciempozuelos haya adquirido celebridad; que á su señora la tachen todos de haber faltado de varios modos á la decencia sin aprensión, puts ha tenido trato secreto la muy bribuna con un sujeto que en Jovellanos toca el trombón, me importa un bledo, lector querido, porque te juro que no he tenido jamás el gusto de conocer ni á la Marilde, ni á don Hilario, ni al organista, ni al boticario, ni al Zarigata, ni á su mujer.

JUAN PÉREZ ZUSIGA.

Amigo Sinesio: Le remito á usted este artículo, que espero de su bondad publique en el próximo número de MADRID CÓMICO.—Suyo, E. BOBADILLA.

¡ADIOS, ANCIANO!

El viejo procedente de Zamora—porque ahora resulta que Clarín no es de Oviedo—dice con la mayor frescura que me recomendaron á él desde la Habana. Permitame usted que le desmienta. Antes, mucho antes de que soñara yo en venir á la Península, Clarín ya se carteaba con mi paternidad (q. D. g.). Por cierto que en una de esas cartas, y apropósito de semejanzas literarias, me escribía usted: «No diré con mi querida amiga Emilia Pardo que veo que hay quien sigue las huellas de Clarín en Cuba, sino que me complace en encontrar un espíritu hermano que con originalidad de temperamento y por consiguiente de forma llega á conclusiones análogas...»

¿Para qué necesitaba yo que me recomendaran si por aquel entonces se decía usted amigo y admirador mio? Yo no traje más recomendaciones á España que quince mil pesetas... ¡ah! y una carta de presentación para Menéndez Pelayo, mi ilustre amigo. Ni más ni menos.

Además, yo no iba á Oviedo. Venía á Madrid, y no para hacerme célebre, sino en busca de salud. No olvido ni la cariñosa acogida que me dispensó la prensa española, ni las quince mil pesetas de que sólo conservo como triste recuerdo, las segundas de cambio, entre varios papeles inútiles, cartas de usted inclusive. Por cierto que este clima ha templado mis nervios. En otra época tal vez hubiera contestado á usted en otra forma (que nada tiene que ver con la literaria (no se fie usted, sin embargo...)).

No crea usted que me duele lo de rapus, no obstante haberme llamado usted en todas sus cartas mi querido compañero. Precisamente á mis pocos años atribuyo la admiración (adulación, se atreve usted á decir!) que le profesaba...

«...era yo mozo; negro y sedoso bozo mi somrosado labio sombreaba.»

Lo que no tiene disculpa es que usted—que frisa con los cincuenta—me haya estado engañando—¡á mí, inocente criatura!—tanto tiempo, pública y privadamente.

No ha mucho que en una de sus innumerables cartas (porque tengo de usted un epistolario que ni Abelardo y Eloísa) me decía usted «que veía en mí un hombre capaz de entender muchas cosas que entienden pocos... de penetrar en las honduras del alma, etc., etc.» ¿Quién adulaba á quién? ¿Yo, candoroso rapuselo que expresaba lo que sentía, ó usted, viejo solapado, que me prodigaba elogios sin sentirlos?

Ahora declara usted que se arrepiente de todo esto y de haber escrito el prólogo de mis *Escaramuzas*, como se arrepiente asimismo de haber prologado *La cuestión palpitante* de D.^a Emilia. La hora de los arrepentimientos y de las alucinaciones ha sonado para usted. Quizá en la medianoche, en sus horas de insomnio, las sombras de la *Regenta* y de la *Valcárcel*, con emplastos y todo, se le aparezcan á usted pidiéndole cuenta de los ripios y porquerías que les hizo usted decir y ejecutar...

En lo relativo al prólogo pierda usted cuidado, que si mañana se hiciese una nueva edición de mi librito (que no se hará, estoy condenado á prólogo perpetuo de Clarín) será menos cortés que la Sra. Pardo, á quien pregunta usted indignado en *El Día* que con qué derecho reproduce en la cuarta edición de la referida obra el prólogo de usted.

Pedir lógica á Clarín, cuando se enfada (él mismo dice que está enfadado), es como pedir cotufas en el golfo ó lectores y gramática á *Su único hijo*.

¿Cómo se compagina que luego de asegurar que en su anterior *Pulique* tuvo razón al ponerme como *rodilla* (que no *rodillo*) de fregar, confiese, á renglón seguido, que escuyó muy lejos de su ánimo ofenderme ni aludirme siquiera, pues los insultos que dirigía á Fray Caudil iban enderezados al obispo de Oviedo, á quien tuvo á bien bautizar en mi pseudónimo? Peregrina disculpa!

Ya sé yo con semejante procedimiento que si se me ocurriese insultar al mismísimo nuncio, le podré llamar impunemente *Clarín*. ¿Cómo se explica que no habiendo leído mi folleto manifieste que es *contra Pequeñeces*, cuando el título no lo dice?

Clarín declara á los cuatro vientos que está *chifado*. Ya lo sabíamos. En otro tiempo padeció *locura de persecución*. Dígalo, si no, aquello de la *conjuración del silencio*. Ahora tiene *manía de grandezas*. ¿Pues no se ha declarado benefactor de la humanidad entera, desde el obispo de Oviedo, mi querido *Fray Candil 2.º*, que le paga los grandes favores que le debe aguzando los neos contra él, hasta D.ª Emilia á quien buscó editor, etc., etc.?

¿Qué no dirá de mí ese San Vicente de Paul *pour rire*?

¡Pobre hombre! ¡A lo que conduce la histeria!

Cuenta F. Jolly (autor á quien *Clarín* me permitirá citar, puesto que él no le ha citado todavía) que un padre curó, sin darse cuenta, el histerismo de una hija suya aplicándole una paliza. (Véase *Patología médica. Alteraciones mentales de origen histerico*). Lástima que no tenga yo dinero que malgastar en beneficio de la salud de un cuasi semejante mío.

Entonces, parodiando á César, diría: *Hogué, le curé y me vao*.

Soñaba un cojo que le habían robado el modo de andar. Dice *Clarín* que le imito en el estilo. ¡Libreme el cielo! ¿Cuándo, ni dormido, escribí yo nada parecido á este tango clarinesco: «Bien saben Dios y D. Ramón de Campocamor si soy admirador del autor del Drama Universal, digo Universal?» Pero ya hablaremos despacio acerca de su estilo.

Termina *Clarín* su artículo con unas coplejas detestables, en las que dice, entre otras cosas, que vende á sus amigos por un *perro chico*. ¿Cómo degeneran los Judas! Antaño vendían por treinta dineros. Ogaño por cinco céntimos!

Pero ¿qué tiene de particular todo lo que llevo dicho para el que conozca á *Clarín* por dentro? El mismo en su *epistolario* se retrataba: «Ay, amigo mío!—me decía.—Yo escribo para suplir las faltas del presupuesto de Fomento, y aunque no diré que con tanto darle á la pluma me gasta, porque yo no rompo el ALMA EN NADA DE lo que escribo, sí diré que me canso y me aburre.»

La vida social—discurre Herbert Spencer,—que supone no sólo la vida humana, sino la vegetal y animal, de las que aquélla depende, está limitada por ciertos extremos de frío y de calor.

Lo propio digo yo de ciertas disputas: están limitadas por extremos que la buena educación no debe traspasar.

FRAY CANDIL.

DIENTE POR DIENTE

En una villa lejana,
cuyo nombre he de omitir
—y no lo voy á decir
porque no me da la gana—
se presentó, de repente,
con gran pompa y con gran leña,
un dentista que produjo
la admiración de la gente.
Le seguían en tropel
por calles y por plazuelas,
yo no he visto un sacamuéla
que se pareciese á aquel.

Como era su profesión,
para él nada más sencillo
que extrarle á usted un colmillo
ó arrancarle á usted un raigón.

Era una especialidad.
¡Nada de grandes tirones!
¡Hacia las extracciones
con una facilidad!

Subía usted al tablado
en que el hombre se exhibía,
y, es claro, usted le decía
que estaba desesperado.

—Una mueca, si señor.
De abajo. ¿Si me incomoda?
¡Ande usted y saqueme toda
la mandíbula inferior!

Abría cuanto pediera
la boca, se echaba atrás
y llegaba el hombre, y ¡zas!
ya estaba la mueca fuera.

La cara era practicada
y usted decía, aturdido:
—¿Pero, cómo, ya ha salido?
¡Si yo no he touzido nada!
Uno, repuesto del susto,
dejó al de la plaza:
—¡Hambre, arránqueme otra mueca,
porque me da mucho gusto!
No hubo siquiera un paciente
que le dijera que no,
y el sacamuéla causó
tanto entusiasmo en la gente,
que al fin, no llegó á faltar
ciudadano que quisiera
que algún diente le doliera,
por dejárselo arrancar.

Yo pensaba:—No me explico
cuáles son sus pretensiones;
hace la mar de extracciones
y no cobra un perro chico.

Soy curioso, y viví inquieto
hasta que le pregunté
al dentista, y le juré
que guardaría el secreto.

—Pues bien—me dijo,—hace días
que apenas he descansado.
¡A cuántos les he dejada
sin un diente en las encías!

Parto sin hacer más curas,
y en cuanto yo haya partido,
vendrá uno... ¡con un sentido
completo de dentaduras!

JULIO MARTÍNEZ LECHA.

LAMENTACIONES

I

Imposible poder soportar por más tiempo esta situación: el teatro, las reuniones, el aroma de las flores, el gorjeo de los pájaros, todo me mareó y produce hastío. No así si tuviese á mi lado un joven fogoso que á diario me dijese esas cosas tan bonitas y dulces que según otras les cuentan, pues yo he tenido la desdicha, á los cuarenta años que cumplí el día de San Silvestre, de no haberles oído.

Para conseguirlo pese en práctica infinidad de recursos, más indolentemente; y cuidado que no tengo mal palmito y trato de agradar; pero como dice el refrán que «casamiento y mortaja del cielo baja», para mí arribará la muerte, pero no llegará el marido.

Vivo esclava de las modas, siendo de las primeras en leer las gales que el ligorio más acreditado presenta como novedad, y cuando salgo á la calle miro á los hombres unos días con coquetería refinada, otros con miradas de atracción, algunos con altanería y desprecio, no logrando de ninguna de las tres maneras *aguar* siquiera á uno de esos *feos* que la Providencia destina para casa de los padres.

¡Desventurada de mí!

Al morir mi pobre madre me recomendó con insistencia que me casase, advirtiéndome que la mujer soltera, aunque bien acomodada, hace en la sociedad un papel desastroso. ¡Cuánta razón tenía la pobrecilla! Pero bien segura puede estar de que al no cumplir su última voluntad no ha sido por falta de gana... sino por carencia absoluta de pretendiente.

II

Como mi preocupación constante es la del matrimonio, preocupación que no puedo desechiar ni un solo momento, la otra noche soñé que el capitán de lanceros que hace el amor á mi vecina se había decidido por mí. Nadie puede figurarse lo que yo gocé, pues ya me veía halagada por lo que más ambiciono en el mundo, y al despertar y verme tan distante de la realidad, fué tanta mi desesperación que comencé á dar voces, acudiendo la criada, y al ver mi tenacidad creyóme loca y pidió auxilio á las vecinas. ¡Pero qué vergüenza para mí, porque conté á la interesada lo ocurrido y desde entonces perdí la amistad de la vecina y la del capitán de lanceros!

III

Nada, resueltamente, «año nuevo vida nueva»: no me quedan más que dos soluciones: ó cambiar de aires, á ver si encuentro en otra tierra lo que en la corte no hallé, ó casarme con Dios, marido que buscamos todas las que perdemos las esperanzas de hacerlo con un mortal.

ALBERTO SANTÍAS Y G. DE FIGUEROA.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Ojo-barrera.—Son poca cosa. Y como el único *aprovechable* se ha publicado ya...

Sr. D. T. C.—Madrid.—En efecto, usted mismo lo dice. Le falta machisimo todavía para versificar como manda la Santa Madre Iglesia.

Cuadernillos.—No; no me parece epigrama. Lo que me parece es que he leído eso antes de ahora y me pareció de mal gusto.

Sindriciles.—Hoy sale el número pedido. Los versos son medianos. Digo no, son peores que medianos.

Sr. D. T. A.—Madrid.—No es mala la idea; pero la forma no es todo lo *suelta* y graciosa que el caso requiere.

Sr. D. J. R. V. H.—¡Ay! ¡Ojalá hubiera usted acertado! Porque sin prudencia, como usted dice, ó con prudencia el caso es que la *seccioncita* me da un trabajo que para usted lo quisiera.

Gorrion.—No está clara la idea ¡oh pájaro ilustre! y el último verso tiene un ritmo endiablado.

¡Mal!—Del todo no, pero algo hay de eso.

Sr. D. T. C.—No están mal para un álbum ó un abanico; pero, francamente, para un periódico...

Charli-parla.—No está mal el romance, pero es una imitación de López Silva tan exacta y fiel que... parece suya. Y hay que tener estilo propio.

Sr. D. L. M. de P.—Casas de Millán.—Se cambia la colección recibida por la suscripción del año presente.

Misistófeles.—Se aprovechará la primera *causa* para los *Chitones*.

Un meritorio.—Hay colecciones desde 1883 hasta la fecha, á 10 pesetas sin encuadernar y á 12,50 encuadernadas.

P. Eme.—¡Y que usted lo diga, prendal! No está usted mal peine!

Sr. D. E. C. V.—Madrid.—No basta que los versos estén bien medidos; es preciso que tengan algo además. Y... cuide usted las palabras, porque el verbo *despreñitar*, pongo por caso, no suena.

Un hijo.—«Ser tú poeta fué un antojo
escritor una porfía
no seas tonto, abre los ojos
y cúrate de esa manía...»

Lo que prueba que usted ha visto la paja en el ojo ajeno y no ve la riga de lagar en el propio.

Lola.—Lo mismo la anterior que ésta son impublicables.

Doctor Caífa.—«Al pulsar para tí la lira entusiasmado.» Basta, un soneto que empieza así no puede acabar de buena manera.

Sr. D. E. D.—Baeza.—Recibido el importe y hecha.

Virabague.—No están bien. Dispense usted que se lo diga.

Sr. D. J. S.—Carmona.—El principal y grave defecto de ese romance es la vulgaridad.

Sr. D. E. C. P.—Zaragoza.—¡Ay! No podemos admitir artículos. Porque primero que salgamos de los *de casa* que esperan tanto habrá llovido bastante.

El año muerto.—Sigue siendo larga la composición, dada la escasa importancia del asunto.

Exotérico.—Dígnese usted exactamente lo mismo que á D. J. S., de Carmona.

Sr. D. L. G. L.—Creo que se dió escasa del folleto oportunamente. La composición resulta un poco larga y de poco *sofistic*.

ANUNCIOS

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

MONÓLOGO



Voy a casa de *Martinez* (1) y me compro una camisa, me la pongo sobre todo con objeto de lucirla.

(1) San Sebastián, 2.



Atrayendo las miradas (2) almuerzo en *Las Tullerías*, donde sirven con esmero, limpieza y economía.

(2) Madrid, 6.



Compro un traje de *Pesquera* (3) de buen corte y clase fina, que da, como es consiguiente, visos de persona rica.

(3) Magdalena, 20.



Al tenderme sobre el lecho me tomo un par de copitas de *cognac fino Moguer*... (4) ¡Y ya no he perdido el día!

(4) Avanzaya, Carmen, 10.

Si tienes un raigón dificultoso, ¡oh dulce dueño mío! *Tirso Pérez* los saca en un momento sin dolor ni peligro.

Mayor, 73.



¿Que se le para á usted el reloj y no sabe usted lo que tiene? ¡Pues á casa de *Brañas*! ¿Que se le rompe á usted el muelle real? ¡Pues á casa de *Brañas*! ¿Que quiere usted dorar ó platear las tapas? ¡Pues á casa de *Brañas* inmediatamente!

Plaza de San Luis, 12.



—He comprado una bufanda para abrigarme con ella.
—Anda, anda!
—Más abriga una botella del legítimo de Arganda!

Manzano y Calleja.—Barco, 10.



—¿Quiere usted, don Juan José, no tener *dengue* ni nada?
—Sí.
—¡Pues acueste-se usted en tams del *Bazar de la plaza de la Cebada*.

Número 1.



Huele tan bien esta *Perfumería* (1), y es tan buena, que, como se puede ver, la calle siempre está llena de los que vienen á oler.

(1) Americana, Espoz y Mina, 27.



Teremos en toquillas y mantones tan ricas colecciones, que no hay en Aragón ni en las Castillas más hermosos mantones y toquillas.

Tirso Rodríguez.—Atocha, 75 y 77.



Pa *caza Torrelodones*, para ojos negros *Vicenta*, y para buenos bastones *Gras hijo*, Alcalá, 40.



La camisería de *Santo Domingo* pone siempre el mingo. ¡Veréis qué camisas! ¡veréis qué corbatas! que son las mejores y las más baratas.

Arviza y Alonso, plaza de *Sto. Domingo*, 18.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAI.

MONTERA, 8, MADRID